

Ana Cervantes presenta hoy su disco en Bellas Artes

Los rumores pianísticos de *Pedro Páramo*

Juan José Flores nava

GUANAJUATO, Gto.— Entre literatura y música hay un fuerte vínculo, dice la pianista Ana Cervantes. Pues cuando se lee en voz alta, cuando se toca algún instrumento, literatura y música cobran vida en el aire. Esto no sólo es una convicción abstracta, sino que Ana Cervantes la ha materializado en *Rumor de Páramo*, disco en el que interpreta al piano 12 piezas inspiradas en la obra del escritor jalisciense Juan Rulfo.

Con motivo del 50 aniversario de la primera edición de *Pedro Páramo*, en 2005, Ana Cervantes convocó a varios compositores de México, Estados Unidos, Reino Unido y España a elaborar una pieza inspirada en la obra de Rulfo. En esta primera grabación (saldrá un segundo volumen a finales de este año), Cervantes interpreta las composiciones de seis mexicanos (Georgina Derbez, Eugenio Toussaint, Horacio Uribe, Vicente Barrientos, Federico Ibarra y Mario Lavista), tres estadounidenses (Charles B. Griffin, Jack Fortner y Anne Lebaron), dos españoles (Tomás Marco y Carlos Cruz de Castro) y Stephen McNeff, del Reino Unido.

—En *Rumor de Páramo* hay una amplia gama de compositores de diferentes generaciones. ¿Esto fue planeado o fue circunstancial?

—Fue absolutamente a propósito porque, como he dicho un par de veces ya, lo que a mí me motiva mucho es la curiosidad. Así que la motivación medular del trabajo fue saber qué haría cada una de esas imaginaciones musicales y pianísticas con un algo, una idea, un pretexto, una excusa para componer. Algo así como: dada la idea de la obra de Juan Rulfo, qué va escribir cada uno.

—¿Por qué su convocatoria y su interés por hacer y tocar música nueva?

—La nueva creación musical es parte de nuestro patrimonio. La música que se escribe hoy no viene de la nada. Tiene, igual que nosotros, sus antepasados: sus abuelos, bisabuelos, tatarabuelos... No entiendo por qué debemos hacer esa ruptura entre música contemporánea y la otra música. ¡Perdóname! En su época, la música de Emanuel Bach [1714-1788] era contemporánea.

—¿Cómo reacciona el público ante la combinación que usted suele hacer en sus conciertos de repertorio contemporáneo con clásico o tradicional?



Ana Cervantes. (Foto: Mayra Huerta)

—Mi programa favorito siempre es mixto. Apenas el 18 de febrero toqué aquí, en Guanajuato, un programa mixto. Empecé con dos sonatas de Domenico Scarlatti [1685-1757], uno de los grandes amores de mi vida, y luego toqué la segunda sonata de George Walker, el primer africano norteamericano en ganar un Pulitzer en música, en 1996, un hombre que nació en 1922 y sigue a toda madre. Tanto que hace dos años publicó ya su quinta sonata para piano. Después seguí con tres *intermezzi* de Brahms [1833-1897], que escribió siete años antes de morir, o sea 25 años antes de que naciera Walker. Y terminé con un grupo de obras del proyecto *Rumor de Páramo*. Pero poner en cuarentena la música nueva por un lado, y la tradicional por otro, me parece una locura porque nos niega la posibilidad de abrir líneas de acceso a todo ese linaje que hay.

—Usted, en sus conciertos, suele establecer contacto con el público. Eso rompe con la idea del intérprete que, diría Vicente Fox, llega, toca y se va.

—Sí, ja-ja. Al menos procuro, una vez en el escenario, hablar antes de tocar cada obra. Eso me acerca al público. Me ayuda a romper ese otro abismo que existe entre el escenario y el público, que tampoco es necesario pues es muy reciente.

Data de cuando empezamos a tener foros grandes, hasta mediados del siglo XIX. Antes, todo, en cierto sentido, era música de cámara. Los conciertos eran en lugares pequeños, como el café en el que estamos. Y si hablo con el público es porque no me hace menos. Al contrario. En los conciertos hemos erigido una cantidad de cosas que resultan barreras (¿quién sabe cuál haya sido su intención original?), como la idea de que el intérprete no habla con el público o la idea de que el público no aplauda en ciertos momentos. Eso amedrenta a la gente. Mucha gente dice que no va a conciertos de orquesta o de música de cámara porque no sabe cuándo aplaudir, se siente nerviosa, cree que no es el tipo de persona que puede acudir a una cosa tal. Yo digo que esas su-

puestas reglas son porquerías. Nuestra hambre para la música es inapagable. Y el público no queda afuera por deseo propio.